



Un grupo de marinos armados bloquea las calles de Montevideo durante la crisis motivada por la rebelión del Ejército y las Fuerzas Aéreas.

verdadera relación con los ingresos, respetando el reparto proporcional de la carga fiscal: combatir la inflación...

El plan, como se ve, es muy amplio. Va desde lo puramente idealista hasta medidas concretas y muy amenazadoras, como las de depuraciones y creación de Tribunales especiales militares. Ciertos aspectos programáticos parecen tributarios del nacionalsocialismo y del corporativismo: es decir, de los fascismos en el sentido genérico de la palabra. Algunas de las medidas son paralelas a las de los militares peruanos en el poder, pero la insistencia en el enfrentamiento con las ideas marxistas-leninistas les distinguen notablemente de éstos, que han ampliado su pacto social y no han tenido dificultades en sus relaciones directas con Fidel Castro. Aunque de alguna manera esta cláusula y el silencio en lo que se refiere a los capitales extranjeros y a las relaciones internacionales parecen, sobre todo, destinados a hacer una señal de no hostilidad a los Estados Unidos, aunque probablemente el Departamento de Estado y los organismos políticos paralelos de Washington, que tanto han colaborado con los militares uruguayos en la lucha contra las guerrillas, saben mucho ya de este movimiento. Y quizá hayan influido más en él que los tupamaros encarcelados.

No está excluido, sin embargo, algún movimiento futuro de desunión en las mismas Fuerzas Armadas. Dentro del Ejército hay una tradición muy liberal y otra muy conservadora. Y el mismo enfrentamiento con la Marina no ha quedado, ni mucho menos, saldado con este pacto. Ni existe una magia que restaure inmediatamente la situación en Uruguay.

## URUGUAY

Fue próspero y democrático: se le llamaba «la Suiza de América». El país más «blanco» de América, el de aumento demográfico más lento (1,4 por 100), el de menor analfabetismo (9 por 100, como Argentina). La renta por cabeza más alta de Sudamérica (600 dólares). Un Ejército sin guerras exteriores y sin golpes de Estado interiores. Pocos períodos dictatoriales. Unos 3.000.000 de habitantes para una rica tierra de 187.000 kilómetros cuadrados. Pero mal repartida. Un 1 por 100 de la población posee el 33,5 por 100 de la tierra. Dicho de otra manera: menos de quinientas familias poseen más del tercio de las tierras. De estas familias brotan los partidos dominantes, los «colorados» y los «blancos». Se dice que aquéllos están más a la izquierda; éstos, más a la derecha. El origen: los «colorados» —por el color de los uniformes— representaban el espíritu revolucionario europeo (Garibaldi luchó junto a ellos), y los «blancos», las castas españolas más conservadoras (sus uniformes fueron azules: el paño que les enviaban desde España destenía al sol y la lluvia y se quedaba «blanco»). Las diferencias reales son escasas.

Uruguay formó parte del Virreinato del Río de la Plata, luego fue provincia brasileña, y finalmente se independizó, ayudado por Inglaterra y Francia, que querían evitar la influencia argentina en la zona. El Presidente Batlle, a principios de siglo —fue Presidente dos veces— creó una legislación social avanzada. A él se debe la frase: «He trabajado en la elaboración de un plan, cuyo objetivo es liberar a la clase liberadora». En 1952, Uruguay tuvo nueve Presidentes simultáneos: un Consejo que hacía el papel de Jefe del Estado, con objeto de evitar los abusos personales. Seis de ellos representaban la mayoría; tres, la oposición. En 1967 se suprimió el Consejo y se volvió al régimen de Presidente. Fue elegido el general Gestido. La situación económica era ya grave. Según algunos tratadistas, por el exceso de seguridad social. Según otros, por acumulación de riquezas por parte de los ricos. Oscar Gestido fue un hombre honrado, pero no supo restaurar el país. Ni tuvo tiempo. Se murió a los seis meses, y su sucesor, Pacheco Areco, heredó la situación, la dificultad económica, los disturbios estudiantiles y obreros. Con él aparecieron los tupamaros, y se los logró a su seguidor, Bordaberry, ahora desafiado por el movimiento militar.

## EL DESAFIO DE POMPIDOU

La más eficaz frase electoral del general De Gaulle era esta: «O yo, o el caos». Parecía desprestigiada desde el momento en que el caos —mayo de 1968— se aproximó mucho mientras él ocupaba el poder, y se alejó notablemente cuando se retiró. Fuese, y no hubo caos. Pompidou la ha parafraseado en su última intervención ante la televisión francesa. «Que no cuenten conmigo», ha dicho. Que se va si la izquierda gana las elecciones. Las elecciones no son presidenciales, sino legislativas: lo que se renueva es la Asamblea. Son unas elecciones que no tenían que plantear una crisis institucional. La crisis institucional la plantea el propio Presidente con su amenaza. Esto no quiere decir que no tenga tiempo de retractarse después. La amenaza es un factor de propaganda. Un arma de desesperación. Ante el crecimiento diario, continuo, de la unión de la izquierda en las encuestas de opinión, Pompidou lanza al tablero la amenaza de crisis institucional. Ciertamente, se le ve mal presidiendo un país con un gobierno socialista con ministros comunistas. Ni aun siquiera lo que parece más probable: una situación de equilibrio en la Asamblea. Sobre las intenciones de voto actuales, se calcula que una gran mayoría votará por la izquierda, pero que, dado el sistema electoral, el reflejo en la Asamblea será más escaso. Podría haber 223 escaños para la mayoría actual (sólo 150 para los degolistas de la UDR; 51 para sus aliados, los republicanos independientes de Giscard d'Estaing, y 22 para sus aliados del Centro Democracia y Progreso) y 224 para la izquierda. La Asamblea tiene 487 escaños: los 40 restantes irían a parar a los Reformadores —un centro—, que se convertirían en árbitros. El degolismo, que necesita mayorías masivas para gobernar —tiene ahora 360 diputados— habría desaparecido. Puede irse entonando ya su responso. No hay degolismo sin De Gaulle. (No lo ha habido nunca: Pompidou nunca ofreció más que la cáscara, el revestimiento, el disfraz.)

Queda aún en pie la manobra. La base de la propaganda de la mayoría se ha hecho con-

tra el partido comunista. No contra el socialista, que ha demostrado varias veces en Francia su capacidad pactante. El partido socialista, que hace unos años parecía definitivamente muerto, ha resucitado ahora, y en la coalición de la izquierda tiene una considerable ventaja sobre el comunista. Una de las variantes posibles de la situación es la de que el partido socialista, que en este momento es el más favorecido por las intenciones de voto, invierta sus alianzas. Recibe discretos llamamientos para ello desde la mayoría actual: podría prestarse a un «gobierno de unión nacional» que evitase la crisis institucional abierta por Pompidou. Igualmente, recibe la atención de los Reformadores, que le llaman hacia un gobierno de centro-izquierda, en el que podrían colaborar incluso algunas fuerzas de la derecha moderada. En el Partido Comunista francés hay ciertas sospechas de que pudiera suceder algo así: por eso en todas sus campañas políticas reclama el máximo esfuerzo para llegar a ser el más fuerte de la coalición de la izquierda. Esta posibilidad de la inversión de las alianzas —que no parece realmente probable— no evitaría el cambio rotundo en Francia, con respecto a los catorce años de degolismo. Estos catorce años, que han tenido momentos brillantes y prometedores, que han abierto nuevos caminos europeos, se han ido desmoronando finalmente en una atmósfera irrespirable, en un ambiente de corrupción y escándalo, en una falta de horizontes. La busca de un cambio de postura la están haciendo los franceses por la vía de la unión de las izquierdas, porque la mayoría no ha sabido renovarse, no ha sabido adaptarse a la evolución de los tiempos. Todo en Europa está cambiando como consecuencia de la apertura de la coexistencia; el final de la guerra de Vietnam es a su vez una consecuencia de ese cambio ya establecido y un factor para nuevos cambios. Pompidou y su partido no han querido cambiar, y les va a costar trabajo sobrevivir sin aceptar la evolución de las especies políticas. Falta poco más de una quincena para el primer turno electoral: el tiempo para cambiar se ha agotado. ■ J. A.